

**“Busquen primero el Reino y su justicia” (Mt 6,33)  
Reacción a la conferencia de Agenor Brighenti**

Omar César Albado  
Mendoza  
18 de septiembre de 2018

En la exposición de Agenor la dimensión profética de la justicia y la paz son pensadas desde la América Latina pobre y sufrida, tomando este último aspecto como una dimensión transversal en la historia del continente. También nos recuerda que, de Medellín a Francisco, la justicia y la paz dependerán de la capacidad de organización que tengan los pueblos. Pueblos que conforman la periferia, pueblos que luchan por la justicia y la paz desde el reverso de la historia. Un punto importante a tener en cuenta es que la condición de periferia o la condición de reverso de la historia con que caracterizamos a América Latina (y ella no es la única periferia histórico-cultural-social que existe en el mundo) no es consecuencia de un destino inexorable, sino fruto de decisiones libres de grupos humanos que optaron por enriquecerse y concentrar poder a costa de otros. Agenor destaca este elemento cuando señala el paso dado en Medellín de una *teoría del desarrollo* a una *teoría de la dependencia* como clave hermenéutica para leer la historia del continente.

Este núcleo de la presentación me genera una pregunta: ¿puede nuestra periferia ofrecer criterios para que se de en el mundo una justicia y una paz bajo un nuevo paradigma? Es decir, que no pensemos la originalidad que puedan tener nuestros pueblos solo como algo *reactivo*, sino también *propositivo*. De Medellín a Francisco encontramos elementos para pensar la historia desde las notas específicas de la periferia y no tomar la periferia como un estadio menor de humanidad o una simple transición para ir hacia el centro. Esto implicaría aceptar un modo unívoco de ser humano, un modelo único de afianzamiento socio-cultural. Sin caer en la pretensión de imponer a otros nuestro modo de ser, tampoco ceder a que la periferia asuma la lógica del centro para ser plena, porque la periferia tiene su modo específico de concebir la existencia humana. Reverso de la historia no es solo reconocer nuestra situación de dependencia,

sino también y simultáneamente nuestra capacidad creativa para vivir de otro modo, tal como se lo indica el Papa Francisco a los Movimientos Populares.

Aquí quisiera plantear, para un posterior intercambio con Agenor y con la asamblea, desde dónde construir la cultura del encuentro propuesta por Francisco y su vinculación con la opción por los pobres. La condición de periferia en la que se halla América Latina nos dota con determinadas características que no pueden ser obviadas en esa discusión. La pobreza real, la injusticia real, la marginación que aún se sigue experimentando en amplios sectores del pueblo, junto con el anhelo de que la voz propia de estos hombres y mujeres sea escuchada tal y como suena en sus contextos geográficos y culturales no pueden ser puestos a un lado cuando hablamos de cultura del encuentro. Me atrevo a pensar que no puede darse una única forma de cultura del encuentro sino varias, en plural, que se apuntalen mutuamente desde la diversidad. No veo viable que se pueda configurar una cultura del encuentro sustentable partiendo de la univocidad de criterios. Esto no sucederá hasta que no reconozcamos que la mayoría humilde del continente tiene una voz propia y que sobre debemos trabajar para intentar expresarla teológicamente.

Estas cuestiones se fundamentan, ante todo, en una lectura teológica de las narraciones evangélicas sobre la vida de Jesús. Jesús, como señala Meier en su monumental obra, es un judío marginal impulsado por el Espíritu. Su prédica sobre Dios se inicia en las periferias geográficas y se configura en contacto con las multitudes que pueblan esas periferias y que han sido abandonadas por vivir en esa condición. “Al desembarcar, Jesús vio una gran muchedumbre y se compadeció de ella, porque eran como ovejas sin pastor, y estuvo enseñándoles largo rato” (Mc 6, 34). Hay una preferencia de Jesús por caminar en las periferias y con los periféricos. Y cuando se traslada al centro, cuando sube a Jerusalén, no deja de ser un periférico, de mirar la historia desde el reverso. En ningún momento Jesús excluye a nadie. Todos tienen un lugar junto a él y con él. Pero el punto de partida de la inclusión es la periferia. Como si dijera: desde la periferia hacia todos.

La lectura del texto de Agenor me disparaba hacia esta cuestión que, al mismo tiempo, es un interrogante: ¿desde qué cristología y desde qué pneumatología pensamos la justicia y la paz concebidas desde el reverso de la historia? ¿Qué cristología y qué pneumatología nos brinda claves para superar un sistema idólatra, que excluye y degrada? ¿Qué cristología y que pneumatología contribuye para que los pobres sean actores protagonistas y no coadyuvantes? Me hago estas preguntas porque el Jesús de

las periferias es también Dios. Pareciera que la revelación tiene una propuesta muy potente al momento de pensar a Jesús hombre-Dios y las periferias.

Una última cuestión que me suscita la presentación de Agenor son las consecuencias eclesiológicas de su planteo. ¿Hasta dónde, como Iglesia, estamos dispuestos a hacernos cargo de nuestra condición de periferia? No lo pienso solo en su dimensión pastoral, por la cual ciertos sectores de la Iglesia son de la periferia, viven en ella y se ocupan de los que están en el reverso de la historia. Si no también en su dimensión teológica, esa que se expresa en una de las frases iniciales del pontificado de Francisco: “una Iglesia pobre y para los pobres”.

Estos son solo algunos de los ecos que recibí de la exposición de Agenor. Quieren ser disparados para una charla antes que afirmaciones cerradas, pues en última instancia expresan una inquietud en la búsqueda teológica que no podemos eludir. Porque “Cristo es nuestra paz” (Ef 2, 14), de quien el Padre ha dicho “derramaré mi Espíritu sobre él y anunciará la justicia a las naciones” (Mt 12, 18) y quien nos ha enseñado con simpleza “busquen el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se les dará por añadidura” (Mt 6, 33).